



**Puck de la colina
de Pook**
RUDYARD KIPLING

Dan y Una, dos hermanos que viven en el condado inglés de Sussex, acaban de representar por tercera vez El sueño de una noche de verano. Es la víspera del solsticio y en la ladera de la colina de Pook, uno de los lugares de la Vieja Inglaterra con más historia, sucede algo mágico: uno de los personajes de la obra de Shakespeare cobra vida. Es Puck, el travieso duende que tiene el poder de hacer que la gente olvide y recuerde. Gracias a Puck, los dos niños conocerán a hombres de otras épocas: normandos, sajones, romanos, pictos y vikingos, que les contarán su historia, la Historia, eso que no debemos olvidar.

LA ESPADA DE WELAND

LA CANCIÓN DE PUCK

¿Veis el camino bacheado que discurre
semihundido entre los trigales?
¡Ahí fue donde se emplazaron los cañones
que abatieron a la flota de Felipe III!

¿Veis cómo trasiega nuestro pequeño molino,
movido por las aguas del riachuelo?
Viene moliendo el grano y pagando impuestos
desde los tiempos del *Domesday*.

¿Veis esos mudos robledales,
y las peligrosas zanjas que los flanquean?
En ellos fueron vencidos los sajones
el mismo día en que Harold pereció.

¿Veis las planicies ventosas que se extienden
por las puertas de Rye?
Hacia ellas huyeron los hombres del Norte
cuando divisaron las naves de Alfredo.

¿Veis los anchos y solitarios pastos,
en donde pasta el buey rojo?
Allí se alzó una ciudad poblada y conocida
antes de que Londres contase con una sola casa.

¿Y veis, cuando la lluvia cesa, las ruinas
de túmulos, fosos y murallas?
¡Ése fue el campamento de una de las legiones
que César trajo navegando desde las Galias!

¿Y veis esas señales que van y vienen,
como sombras que se ciernen sobre las colinas?
¡Son las líneas que trazó el hombre primitivo,
para defender sus mágicos poblados!

¡Caminos, campamentos y ciudades perdidas,
saladas marismas donde hoy brota el trigo!
¡Vieja paz, viejas artes guerreras, que al cesar
dieron cuna a Inglaterra!

No es un lugar cualquiera,
ni sus aguas, ni sus bosques, ni sus aires.
Es la Isla de Merlín, la de Gramarye,
hacia donde tú y yo nos dirigiremos.

LA ESPADA DE WELAND

Los niños estaban en el teatro, representando ante tres vacas todo lo que podían recordar de *El sueño de una noche de verano*. Su padre les había hecho un pequeño resumen de la obra de Shakespeare y habían ensayado con él y con su madre hasta que lo supieron recitar de memoria. Empezaban cuando Nick Bottom, el tejedor, sale de entre los arbustos con una cabeza de burro sobre los hombros y encuentra dormida a Titania, Reina de las Hadas. Entonces saltaban a la escena en donde Bottom pide a tres haditas que le rasquen la cabeza y le traigan miel, y terminaban donde se queda dormido en brazos de Titania. Dan hacía de Puck y de Nick Bottom, así como de las tres hadas. Para interpretar el papel de Puck vestía un gorro de trapo puntiagudo, y una cabeza de burro de papel que les había tocado en un paquete sorpresa de Navidad —que se desgarraba si no tenías cuidado— para hacer de Bottom. Una era Titania, con una corona de columbines y una ramita de dedalera a modo de varita mágica.

El teatro se encontraba en una pradera conocida como el Gran Declive. Un arroyuelo, que surtía de agua a un molino situado a dos o tres prados de distancia, torcía por una de sus esquinas y, en medio de la curva, aparecía un gran anillo de hadas, de hierba más oscura, que hacía las veces de escenario. En las orillas del arroyuelo crecían frondosos sauces, avellanos y rosas silvestres, que resultaban muy adecuados para esperar el turno de entrada en escena; un adulto que lo había visto dijo que ni Shakespeare hubiera podido imaginar un escenario más indicado para represen-

tar su obra. No se les permitía, por supuesto, actuar en la misma noche del solsticio de verano, pero se acercaron allí la víspera, después de la hora del té, cuando las sombras comenzaban a crecer. Llevaban consigo la cena: huevos duros, galletas Bath Oliver y un sobre con sal. Las tres vacas habían sido ordeñadas y pacían tranquilamente emitiendo un rumor de hierba arrancada que se oía pradera abajo. Y el sonido del molino en marcha recordaba a unos pies descalzos corriendo sobre un duro suelo. Un cuclillo, posado en el poste del portón, entonaba su quebrada melodía de junio, *cu-cu*, mientras que un atareado martín pescador se acercaba volando desde el canal del molino hasta el arroyo que discurría por el extremo opuesto de la pradera. Todo lo demás era una quietud espesa que desprendía un olor a reina de los prados y a hierba seca.

La obra marchaba a la perfección. Dan se acordó de todos sus papeles —Puck, Bottom y las tres hadas—, y Una no olvidó ni una sola palabra de Titania, incluida la parte más complicada en la que cuenta a las hadas cómo alimentar a Bottom con «albaricoques, higos verdes y zarzamoras», ni los versos acabados en plural. Quedaron tan satisfechos que repitieron la obra tres veces, de cabo a rabo, antes de sentarse en el ralo centro del anillo de hadas para comer huevos y las galletas Bath Oliver. Fue entonces cuando oyeron un silbido procedente de los alisos de la orilla y se llevaron un susto.

La maleza se abrió. En el mismísimo sitio donde Dan había representado a Puck, vieron un hombrecillo de tez morena, anchas espaldas, orejas puntiagudas, nariz respingona, ojos azules rasgados y una sonrisa que recorría su rostro pecoso. Incluyó la frente como si estuviese observando a Quince, Snout, Bottom y todos los demás, ensayando *Píramo y Tisbe*, y con una voz cavernosa que recordaba a la de las tres vacas cuando piden ser ordeñadas, comenzó:

Qué gente de baja calaña tenemos por aquí pavoneándose, tan cerca de la cuna de la reina de las hadas...

Se interrumpió, ahuecó la mano detrás de la oreja y, con un guiño perverso en los ojos, prosiguió:

¡Una comedia en marcha! Pues asistiré como espectador; como actor, también, si la ocasión se presta.

Los niños miraron boquiabiertos. El hombrecillo, que no le llegaría a Dan ni a la altura de los hombros, entró silenciosamente en el anillo.

—He perdido la práctica —dijo—, pero así es como debe interpretarse mi papel.

Los niños no dejaban de mirarle perplejos: desde su gorra azul marino como una flor de columbina, hasta sus pies descalzos y peludos. Finalmente se echó a reír.

—Por favor, no me miréis así. Yo no tengo la culpa de nada. ¿Qué esperabais? —dijo.

—No esperábamos a nadie —contestó Dan lentamente—. Esta pradera es nuestra.

—¿Ah, sí? —dijo el visitante mientras se sentaba—. ¿Entonces qué diablos os llevó a interpretar *El sueño de una noche de verano* tres veces, en vísperas del solsticio, en medio del anillo y en las faldas, justo en las faldas, de una de las colinas más antiguas de la Vieja Inglaterra? La colina de Pook, la colina de Puck, ¡la colina de Puck, la colina de Pook! Salta a la vista como la nariz que despunta en mi rostro.

Señaló la desnuda loma de la colina de Pook, sólo cubierta de helechos, que ascendía desde el extremo más opuesto del arroyo del molino hasta los tupidos bosques. Más allá de ese bosque, el terreno se elevaba progresivamente hasta alcanzar unos quinientos pies, hasta llegar por fin a la pelada cumbre de la Colina de la Almenara, desde

donde se divisan las llanuras de Pevensey, el Canal y la mitad de las desnudas Colinas del Sur.

—¡Por el Roble, el Fresno y el Espino...! —exclamó, todavía riendo—. ¡Si esto hubiera ocurrido hace cien años, tendríais aquí a toda la Gente de las Colinas como un enjambre de abejas en junio!

—No sabíamos que estaba mal lo que hacíamos —dijo Dan.

—¡Mal! —el hombrecillo se estremeció de risa—. ¡Pues claro que no está mal! Acabáis de conseguir algo por lo que los reyes, los caballeros y los estudiosos de los viejos tiempos habrían dado sus coronas, sus espuelas y sus libros. ¡Ni con ayuda del mismísimo Merlín lo hubierais hecho mejor! Habéis roto el hechizo que pesaba sobre las colinas, las habéis abierto. Y esto no ocurría desde hace más de mil años.

—Nosotros... nosotros no teníamos intención de hacerlo —dijo Una.

—¡Pues claro que no! Por eso lo habéis hecho. Por desgracia ahora las colinas están deshabitadas, toda la gente se ha marchado. Yo soy el único que queda. Soy Puck, el más viejo de los Seres Antiguos de Inglaterra, a vuestra entera disposición, si es que queréis tener trato conmigo, claro está. Si es que no, sólo tenéis que decirlo y me esfumaré.

Echó un vistazo a los niños, y los niños le miraron a él durante medio minuto largo. Dejó de guiñar los ojos. Había en ellos algo tierno, y en sus labios comenzaba a esbozarse una sonrisa.

Una extendió su mano.

—No te vayas —le dijo—. Nos caes bien.

—Toma una Bath Oliver —dijo Dan, y le acercó el paquete aplastado junto con los huevos.

—¡Por el Roble, el Fresno y el Espino! —exclamó Puck quitándose la gorra azul—. También a mí me caéis bien. Échale bastante sal a la galleta, Dan, y me la comeré a me-

días contigo. Así verás qué tipo de persona soy. Algunos de los nuestros —prosiguió con la boca llena— no podían soportar ni la sal, ni las herraduras colocadas sobre las puertas, ni la baya del fresno silvestre, ni las corrientes de agua, ni el hierro frío, ni el tañido de las campanas de las iglesias. ¡Pero yo soy Puck!

Se sacudió cuidadosamente las migas de su jubón y les estrechó la mano.

—Dan y yo siempre nos hemos dicho —tartamudeó Unaque, si alguna vez nos pasara esto, sabríamos exactamente qué hacer. Pero ahora, de alguna manera, todo es distinto.

—Se refiere a si nos encontráramos con un duende —explicó Dan—. Yo nunca he creído en ellos, al menos desde que cumplí seis años.

—Yo sí —dijo Una—. Bueno, creía a medias, hasta que aprendimos *Adiós recompensas*. ¿Conoces *Adiós recompensas y hechizos*?

—¿Te refieres a esto? —echó su gran cabeza hacia atrás y comenzó en el segundo verso:

Las buenas comadres bien pueden decir,
ahora que las mujeres de mala vida
tienen en las vaquerías tan buena vida
y aunque no barren menos sus hogares

(¡Tú también, Una!)

que otras chicas,
que sin embargo últimamente
encuentran seis peniques en su zapato.

El eco resonó por toda la pradera.

—Pues claro que lo conozco —dijo.

—Y luego está el verso sobre los anillos —dijo Dan—. Cuando era pequeño siempre me hacía sentir mal.

—¿Te refieres a «Dejad memoria de aquellos anillos y danzas»? —retumbó la voz de Puck como si fuese un órgano de iglesia.

De aquellos que aún existen,
que en los tiempos de la Reina María arraigaron
en gran número de praderíos herbosos.
Pero desde el reinado de Elisabeth,
y más tarde cuando James llegó,
jamás se han vuelto a ver en los páramos,
como en otros tiempos ocurría.

—Ha pasado ya un tiempo desde la última vez que lo escuché, pero de nada sirve ponerlo ahora en entredicho: es cierto. La Gente de las Colinas se ha ido. Les he visto llegar a la Vieja Inglaterra y les he visto irse. Gigantes, trolls, kelpies, brownies, duendes, trasgos; espíritus de los bosques, de los árboles, de la tierra, del agua; guardianes de tesoros, buena gente, enanos, pishogues, leprechauns, hombres de brezo, caballeros nocturnos, pixies, nixies, gnomos y todos los demás, ¡se han ido todos! Yo llegué a Inglaterra con el Roble, el Fresno y el Espino, y cuando el Roble, el Fresno y el Espino desaparezcan, me iré con ellos.

Dan echó un vistazo a la pradera: el roble de Una, junto al portón pequeño, la hilera de fresnos inclinados sobre la Charca de la Nutria, donde el arroyo remansaba sus aguas cuando el molino no las necesitaba, el viejo y nudoso espino blanco donde las tres vacas solían rascarse los cuellos.

—No pasa nada —dijo, y añadió—: este otoño también voy a plantar un montón de bellotas.

—Entonces, debes de ser muy requeteviejo... —quiso saber Una.

—No, viejo no. Sólo un hombre de vida bastante prolongada, como dice la gente de por aquí. Porque, veréis, mis amigos solían dejarme un cuenco de nata de noche cuando Stonehenge aún era nuevo. Sí, antes de que el

hombre de la Edad de Piedra llenara el Estanque del Rocío bajo Chanctonbury Ring.

Una batió las palmas y gritó: «¡Oh!», al tiempo que asentía con la cabeza.

—Se le acaba de ocurrir un plan —explicó Dan—. Siempre hace eso cuando se le ocurre un plan.

—Estaba pensando una cosa: ¿qué te parecería si te dejamos un poco de nuestras gachas y te las subimos al ático? Si las dejamos en nuestro cuarto de juegos, se van a dar cuenta.

—En nuestro cuarto de estudio —le corrigió Dan con rapidez. Y Una se puso colorada, ya que ese verano se habían hecho la promesa solemne de no llamar más cuarto de juegos a lo que era un cuarto de estudio.

—¡Que Dios bendiga tu buen corazón! —contestó Puck—. Un día de éstos te convertirás en una hermosa muchacha sin precio en los días de mercado. No necesito que me guardéis un tazón, pero si alguna vez tengo hambre, estad seguros de que os lo haré saber.

Se tumbó cuan largo era sobre la hierba seca y los niños hicieron otro tanto junto a él, agitando alegremente las piernas desnudas en el aire. Se dieron cuenta de que no le podían tener más miedo del que sentían por su buen amigo el viejo Hobden el podador de setos. Éste no les molestaba con preguntas de adulto ni se reía de la cabeza de burro, sino que se tumbaba en el suelo y sonreía para sus adentros con enorme discreción.

—¿Tenéis por ahí una navaja? —preguntó Puck, al fin.

Dan le extendió su enorme navaja de excursión, de una sola hoja, y Puck comenzó a recortar un pedazo de turba del centro del anillo.

—¿Para qué es eso? ¿Es magia? —dijo Una mientras él presionaba un cuadrado de turba color chocolate que se cortaba como si fuese queso.

—Es uno de mis truquitos —contestó él, y cortó otro pedazo—. Es que, veréis, no os puedo dejar entrar en las

colinas porque las gentes se han marchado. Pero si aceptáis «tomar posesión» con mi ayuda, podré mostraros algo que desconocen el resto de los humanos. Realmente, os lo habéis merecido.

—¿Qué es eso de «tomar posesión»? —preguntó Dan con cautela.

—Es una vieja costumbre que seguían las gentes cuando compraban y vendían tierra. Solían cortar un terruño y ofrecérselo al comprador, y uno no era legalmente propietario de la tierra (es decir, que no le pertenecía) hasta que el otro te había entregado un pedazo de la misma, así —les ofreció la turba en su mano.

—Pero si el prado es nuestro —dijo Dan retrocediendo—. ¿Pretendes hacerlo desaparecer?

Puck comenzó a reír:

—Ya sé que es vuestro prado, pero esconde muchas más cosas de las que vosotros o vuestro padre podríais imaginar. ¡Prueba!

Miró a Una.

—Yo lo haré —dijo ella. Y Dan siguió su ejemplo sin vacilar.

—Ahora sois legalmente propietarios de toda la Vieja Inglaterra —canturreó Puck—. Por privilegio del Roble, el Fresno y el Espino, tenéis libertad de ir y venir, de mirar y conocer lo que yo os muestre o lo que mejor os parezca. Veréis lo que tengáis que ver y oiréis lo que tengáis que oír, aunque ello haya ocurrido hace tres mil años, y no conoceréis ni el temor ni la duda. Sujetad con fuerza todo lo que os doy.

Los niños cerraron los ojos, pero nada ocurrió.

—¿Y bien? —dijo Una, abriéndolos con decepción—. Pensé que iba a ver dragones.

—Aunque hubiese sucedido hace tres mil años —dijo Puck, y contó con los dedos—: No, me temo que hace tres mil años no existían dragones.

—Pero no ha ocurrido nada de nada —dijo Dan.

—Un poco de paciencia —replicó Puck—. No crece un roble en un año y la Vieja Inglaterra es más vieja que veinte robles. Vamos a sentarnos a pensar. Creo que podré conseguirlo si cojo sólo un siglo cada vez.

—Sí, porque eres un duende —dijo Dan.

—¿Me habéis oído pronunciar esa palabra en lo que llevo hablado? —soltó Puck.

—No. Has hablado de «la Gente de las Colinas», pero no has dicho «duendes» —dijo Una—. Justo estaba pensando en eso. ¿Acaso no te gusta?

—¿Qué te parecería si te llamaran «mortal» o «humano» todo el tiempo? —dijo Puck—. ¿O «hijo de Adán» o «hija de Eva»?

—A mí no me gustaría nada —dijo Dan—. Así es como hablan los djinns y los afrits en *Las mil y una noches*.

—Así me siento yo al pronunciar esa palabra que no quiero pronunciar. En todo caso, esas palabras de las que habláis son pura invención, denominaciones que la Gente de las Colinas jamás han escuchado, moscas zumbonas con alas de mariposa, trajecitos de gasa y estrellas brillantes en los cabellos, y una varita mágica como la vara de un maestro para castigar a los niños malos y premiar a los buenos. ¡Ya las conozco!

—No queríamos decir eso —dijo Dan—. También nosotros las odiamos.

—Exacto —dijo Puck—. ¿Acaso pensáis que a la Gente de las Colinas no les importa que se los confunda con aquella partida de empalagosos impostores con alitas de colorines y varas oscilantes? ¡Pues claro que sí, alas de mariposa...! Yo he visto a Sir Huon y su tropa salir del castillo de Tintagel hacia Hy-Brasiel en pleno temporal del sudeste, con la espuma volando por encima del castillo y los Caballos de las Colinas locos de pánico. Salieron en un momento de calma, chillando como gaviotas y fueron arrastrados cinco millas largas tierra adentro, antes de que pudiesen plantarle cara al viento. ¡Alas de mariposa! Era magia, una

magia tan negra como la que podría hacer Merlín, y todo el mar cubierto de fuego verde, y espuma blanca, con sirenas cantarinas. Y los Caballos de las Colinas saltaban de ola en ola a la luz de los relámpagos. ¡Eso es lo que ocurría en los viejos tiempos!

—Magnífico —dijo Dan; pero Una se estremeció.

—Pues me alegro de que se hayan ido. ¿Pero qué hizo que la Gente de las Colinas se marchara? —preguntó Una.

—Varias cosas. Algún día te contaré lo que provocó la huida de todos —contestó Puck—. Pero no huyeron todos a la vez. Se fueron marchando uno a uno durante siglos. La mayoría eran extranjeros que no soportaban nuestro clima. Ésos fueron los primeros en largarse.

—¿Cuándo huyeron? —preguntó Dan.

—Hace dos mil años o tal vez más. El caso es que empezaron siendo dioses. Los fenicios trajeron alguno cuando vinieron a comprar estaño, y los galos, los jutos, los daneses, los frisios y los anglos trajeron más cuando desembarcaron. Por aquel entonces estaban continuamente desembarcando, o viéndose obligados a regresar a sus barcos, y siempre traían sus dioses consigo. Inglaterra es un mal lugar para dioses. Yo, personalmente, empecé siendo como pretendo seguir siempre. Un plato de gachas, un vaso de leche y un poco de diversión tranquila por los caminos con las gentes de campo me bastaban entonces, como también me bastan ahora. Y es que pertenezco a este lugar, y durante toda mi vida me he mezclado con sus gentes. Pero la mayoría insistía en ser dioses y en tener templos, altares, sacerdotes y sacrificios propios.

—¿Es verdad que a la gente se la quemaba en cestones de mimbre tal y como nos ha contado la señorita Blake? —quiso saber Dan.

—Se practicaban todo tipo de sacrificios —contestó Puck—. Si no era con hombres, era con caballos, ganado, cerdos o *metheglin*, que es una especie de cerveza dulzona y pegajosa que a mí nunca me gustó. Aquellos tipos viejos